

PABLO NERUDA

poeta y político

El texto que presentamos a continuación a nuestros lectores es la entrevista que publicó «Gaceta Ilustrada» el 7 de noviembre de 1971, realizada por la redacción de «L'Express» al poeta Pablo Neruda, ya en el otoño de su vida de heraldo apasionado del pueblo. Poeta y político, porque para Neruda la poesía fue algo más que bellas palabras; su verso fue voz cotidiana que reflejó las aspiraciones del pueblo, sus luchas por la libertad y la justicia. Diplomático de la amistad, representaba en Francia al Gobierno del presidente Salvador Allende, el cual, como nuestros lectores recuerdan sin duda, fue salvajemente derrocado por un golpe militar el 11 de septiembre de 1973. Pocos días después fallecía en su casa de Isla Negra, Chile, Pablo Neruda, que había regresado a Chile, enfermo, meses antes



Allende y Neruda,
a quienes unía
una vieja
y recíproca amistad

—ES usted poeta, es usted un hombre político, es usted embajador. Pero, ¿quién es usted, Pablo Neruda? ¿De dónde viene?

—Yo nací a principios de siglo en Chile central. Pero, recién nacido, mis padres me llevaron al extremo Sur del país, a Temuco. En aquella época era un pueblo muy pequeño. Se comenzaba a construir las primeras casas, se repartía la tierra entre ius que llegaban. Temuco estaba rodeado por bosques y campos, donde vivían los indios Mapuches. Temuco es mi paisaje, lo esencial de mi poesía.

—¿Fue usted allí a la escuela?

—Sí, a la escuela del pueblo. Mis compañeros tenían apellidos alemanes, ingleses, noruegos y, naturalmente, chilenos. Era una sociedad sin castas, un mundo que acababa de nacer. Eramos todos iguales. La cristalización de clase se hace después, cuando la gente comenzó a enriquecerse. Pero hasta aquel momento, aquello era una especie de gran democracia popular donde todo el mundo tenía trabajo. No había todavía terratenientes; poseedores, si usted quiere.

—¿Y los indios?

—Vivían completamente aparte. Expulsados de sus tierras a finales del siglo pasado, los Mapuches no vivían en el mismo Temuco, sino en los campos que lo rodeaban: una choza aquí y, algunos kilómetros más lejos, otra choza. Venían al pueblo a vender sus productos: lanas, huevos, ovejas. Por la noche volvían a marcharse, el hombre a caballo, la mujer a pie.

—¿Usted les conocía?

—No podíamos comunicarnos del todo con ellos. No sabíamos su idioma; tan sólo algunas palabras. Y ellos no hablaban español. Todavía lo hablaban muy mal, por otro lado.

—Sin embargo, ¿ha estado marcada su poesía por la presencia de los indios?

—Yo he tenido este sentimiento de la Historia que es un poco la conciencia del poeta. En esta tierra de Temuco fue donde se desarrolló la mayor batalla de Araucana, el Imperio de los Mapuches. Los conquistadores venían a buscar oro, oro, más oro. Los indios les hicieron tragar oro líquido diciéndoles: «¡Bueno, ya tienen ustedes bastante oro!». Ningún pueblo indio de América Lati-

na resistió tan ferozmente. Esto se ha olvidado demasiado.

—¿Cuántos son, hoy?

—Los Gobiernos reaccionarios de Chile siempre han ocultado la verdad; decían: 50 o 60.000, todo lo más. En realidad son medio millón. Forman una minoría étnica, tienen su idioma —uno de los más bellos del mundo—, sus tradiciones, su cultura. Nuestro actual Gobierno es el que, por primera vez, ha hecho a estos chilenos ciudadanos completos. Sólo tenían hasta ahora derechos menores.

—¿Por qué pasó usted su infancia en Temuco? ¿Qué hacía su padre?

dedicado numerosos poemas. Era realmente maravillosa.

A los dieciséis años lee sus primeros versos en la Universidad

—¿Cuándo escribió sus primeros versos?

—Creo que debía tener siete u ocho años. Mi padre y mi madre estaban aquel día muy ocupados y cuando les enseñé mis versos me dijeron: «¿De dónde has copiado eso?». El poema estaba dedicado a mi madre...

AUTORRETRATO DE PABLO NERUDA

«Por mi parte soy o creo ser duro de nariz, mínimo de ojos, escaso de pelos en la cabeza, creciente de abdomen, largo de piernas, amarillo de tez, generoso de amores, imposible de cálculos, confuso de palabras, tierno de manos, lento de andar, inoxidable de corazón, aficionado a las estrellas, mareas, maremotos, admirador de escarabajos, caminante de arenas, torpe de instituciones, chileno a perpetuidad, amigo de mis amigos, entremetido entre pájaros, mal educado en casa, tímido en los salones, audaz en la soledad, arrepentido sin objeto, horrendo administrador, navegante de boca, yerbatero de la tinta, discreto entre los animales, afortunado en nubarrones, investigador en mercados, oscuro en las bibliotecas, melancólico en las cordilleras, incansable en los bosques, lentísimo todo el año, tigre para dormir, sosegado en la alegría, inspector del cielo nocturno, trabajador invisible, desordenado, persistente, valiente por necesidad, cobarde sin pecado, somnoliento de vocación, amable de mujeres, activo por padecimiento, poeta por maldición y tonto de capirote.»

—Era, al final de su vida, jefe de tren. No un tren de pasajeros; eran trenes que transportaban balasto que se ponía entre las traviesas de madera porque llovía sin parar. Estaba como en su casa. Tenía un vagón para dormir y de vez en cuando yo iba a pasar algunos días con él. Nos íbamos con los ferroviarios y explorábamos la naturaleza, los arroyos, las montañas... Era apasionante.

—Su madre, ¿les acompañaba?

—Ella murió cuando yo tenía dos meses. Mi padre volvió a casarse y su segunda mujer fue mi verdadera madre. Le he

—¿Cuándo leyó usted por vez primera alguno de sus poemas en público?

—A los dieciséis años. Estudiaba en la Universidad de Santiago. Había en aquel momento una especie de carnaval, el festival de la primavera; que debía ser inaugurado por un poeta. A propósito de esto, se había organizado un concurso en todo Chile para elegir el mejor poema. Yo envié el mío y resultó elegido. Era en 1921; estaba todavía muy aislado, era muy solitario. Estaba tan emocionado que no pude leer mis versos, tuvo que leerlos otro en mi lugar.



A la izquierda, de niño junto a su madrastra, a quien rebautizó con el cariñoso nombre de «mamadre». A la derecha, Neruda en su primera juventud, cuando iniciaba su carrera de cónsul honorario de Chile en el Lejano Oriente.

—Entre los siete y los dieciséis años, ¿estudió de alguna manera Literatura?

—Había leído poesía francesa. Antes de entrar en la Universidad ya conocía a Sully Prudhomme, a Verlaine... Por aquella fecha había una bellísima antología de la poesía francesa. Era muy normal tenerla y pasársela de mano en mano. Entonces, como yo era muy pobre, me la prestaban y copiaba los poemas.

«Llegó a quemar mis libros y mis cuadernos»

—¿Cuándo publicó su primer libro de poemas?

—Dos años después. No fue nada fácil. Los amigos me ayudaron, mi familia me dio dinero, yo vendí mi reloj. Pero en el último minuto el dueño de la imprenta no quiso darme ni un ejemplar de mi libro porque le debía dinero. Fue terrible. Corrí como un loco por todas partes y finalmente obtuve la cantidad necesaria. Después encontré un editor, que es quien continúa publicando mis poemas.

—Usted recuerda ciertamente a Ricardo Eliecer Neftalí Reyes y Basoalto. ¿Por qué cambió de nombre?

—Cambié de nombre a los catorce años, antes de ir a Santiago, por culpa de mi padre. Mi padre era un tipo excelente, pero era contrario a los poetas, en general, y a mí en particular. Llegó a quemar mis

libros y mis cuadernos. Para él, era preciso ser ingeniero, médico, arquitecto, porque, decía, había necesidad de ellos. Era como todas esas personas de la clase media descendientes de campesinos que querían ver cómo sus hijos ascendían de categoría en la sociedad. La única manera de conseguirlo era entrar a la Universidad y dedicarse a alguna profesión liberal.

—Pero, ¿por qué Pablo Neruda?

—Había una vez un gran poeta checo, que era al mismo tiempo cronista: Erwin Kisch. Este señor pasó muchos años de su vida persiguiéndome y haciéndome la misma pregunta que usted. Me lo he encontrado en Madrid, en México, en Praga. Y en Praga me dijo: «Dime el final de la historia, ya estoy viejo; y te he perseguido tanto tiempo...». La verdad... Es que, por lo que se refiere a esta historia, no existe la verdad. Un día que yo temía más que de ordinario que mi padre descubriera la verdad —lo que hubiera sido una catástrofe— yo estaba hojeando una revista en la que había un cuento que firmaba Jan Neruda. Yo debía justamente enviar a un concurso uno de mis poemas. Entonces cogí Neruda y elegí como nombre Pablo. Creía que esto sólo duraría algunos meses.

—¿Y se ha acostumbrado fácilmente a su nueva identidad?

—Al principio, no; pero luego, sí. El Gobierno terminó por

legalizar mi nombre —hace ya de esto treinta y cinco años—. Hoy, Pablo Neruda es mi verdadero nombre. No tengo otro.

—La Universidad costaba caro. No sería escribiendo poemas como usted pudo vivir...

—En las familias de provincias nos las arreglábamos para descubrir a una tía que tenía una pequeña pensión en Santiago. Se alojaba uno en su casa y era un buen negocio. Había muchas pulgas y se comía muy poco. Una generación entera de compañeros de Universidad murió prácticamente de hambre.

—¿Qué estudiaba usted en la Universidad?

—En los primeros tiempos arquitectura y francés. El francés para poder leer. Pero no terminé mis estudios porque me acaparó la política universitaria. La vida literaria también. Para un provinciano como yo era muy atrayente encontrar gente que podía hablarme de Baudelaire, que conocía a los poetas franceses. Pasábamos noches enteras intercambiando nuestros descubrimientos. En aquel tiempo yo tenía apenas diecinueve años.

—¿Estaban los chilenos tan hambrientos de poesía?

—Había cantidad de poetas cuyos versos se conocían a nivel de sentimiento. Los chilenos han tenido siempre una gran inclinación por la poesía. Esto se debe quizás al aislamiento del país, a la vez volcánico y marítimo. Durante todo este período de mi vida en el

que recorrí Chile recitando poemas, he comprendido que lo que más le interesaba a la masa era la poesía. Podía hablar de política o de economía, pero lo que de verdad apasionaba a la gente era la poesía.

—Siendo poeta, ha llegado a ser cónsul. ¿Cómo se ha producido este fenómeno?

—Los chilenos son grandes navegantes y grandes viajeros. Y entre nosotros, todo el mundo quiere ir a otra parte. Cuando uno ha escrito algo, siempre hay quien le dice: «Pero, ¿qué naces aquí?», como si Chile fuera el último rincón del mundo. Se me ha repetido tanto esta pregunta que terminé por preguntarme qué es lo que hacía en mi país y cuál era la mejor manera de marcharme a otro sitio. No tenía dinero. Entonces, de modo confidencial

gunté dónde era. Cuando me preguntaban dónde me habían destinado, respondía: «En el hueco». El hueco era Rangún, en Birmania.

—Estaba lejos...

—Para llegar hasta allí pasé por París. Fue en 1927, en la época de la dominación absoluta de Montparnasse. Pasé cuatro o cinco días, desde la noche hasta el alba, entre el Dôme y la Coupole. Me encontré con muchísima gente, sobre todo argentinos. El tango estaba de moda. Después tomé un pasaje de tercera en las líneas marítimas y llegué a Singapur. Creía que Rangún estaba muy cerca. No tenía dinero para continuar el viaje y pedí al cónsul de Chile que me ayudara para comprar mi billete. No quiso. Entonces le amenacé con montar una conferencia en Singapur, hablando de Chile. Le dio tanta envidia que prefirió prestarme el dinero. Yo cogí el barco para Birmania.

Grandes cigarrros, como Fidel Castro

—¿Le atraía a usted Oriente?

—Menos que a los escritores de mi generación en aquella época. Pero al llegar descubrí algo inaudito: un país dirigido por mujeres. Eran muy elegantes, vestidas con túnicas amarillas o azules con flores blancas y fumaban grandes cigarrros, como Fidel Castro. Los ministros, los consejos municipales, las tiendas, todo estaba controlado por mujeres. Después supe que las birmanas eran tan importantes para su país que los ingleses les habían dado el derecho al voto, antes incluso de concederle a las inglesas. ¡Era un país extraño! Me acuerdo todavía de una gran pagoda dorada situada en el centro de Rangún. Todos venían a depositar unas hojas doradas que vendían en las cercanías. Se dice que la pagoda guarda tres cabellos de Buda situados en una especie de jarrón lleno de esmeraldas y rubíes. En un determinado momento del día un río enorme de color naranja desembocaba en la ciudad. Eran los monjes, que llegaban para mendigar su comida. Porque Buda prohíbe la posesión de bienes materiales...

—¿Viajó usted por el resto de Asia?

—Fui a Calcuta, a Madrás, a Colombo e hice un viaje a través de Indochina que me impresionó mucho. Viajaba en

autobuses que atravesaban la península y llegaban a Saigón. Se detenían a menudo, porque se estropeaban.

«Una noche estaba en un autobús, con cuatro o cinco personas, que me parecían peligrosas, sobre todo teniendo en cuenta que yo no conocía ni una palabra de su idioma. De repente, nos detuvimos en plena selva. Todos los pasajeros se miraron y luego salieron. Yo me dije: si salgo, me degüellan. No podía haber ningún tipo de diálogo entre nosotros puesto que ellos no hablaban ni inglés ni francés, y yo no sabía una palabra de su lengua.

«Estaba, pues, absolutamente solo dentro del autobús, rodeado de jungla por todas partes, en la oscuridad más completa, cuando de repente vi encenderse unas luces y escuché el sonido de unos tambores. En ese momento se acercó una persona que hablaba inglés, a la que seguía mucha gente. Me explicó que el autobús estaba estropeado y que como yo era el único extranjero y me debía de estar aburriendo, los otros viajeros habían ido a buscar a los músicos del pueblo más cercano para que tocaran algo para mí. Es decir: había temido que me mataran y me traían lo mejor de la vida: la música y la danza.

—¿Tenía mucho trabajo en Rangún?

—No. Era preciso declarar las mercancías que llegaban de Chile o que eran enviadas hacia allá, y yo firmaba los papeles. Había el barco del té cada cuatro meses. Y un producto derivado del petróleo que se empleaba para el alumbrado. Había que esperar cuatro meses para que alguien llegara al consulado a hacer una gestión. Mientras tanto no tenía nada que hacer. Nadie quería ir a Chile y ni un solo chileno pasaba por Birmania.

—¿Estaba usted bien pagado?

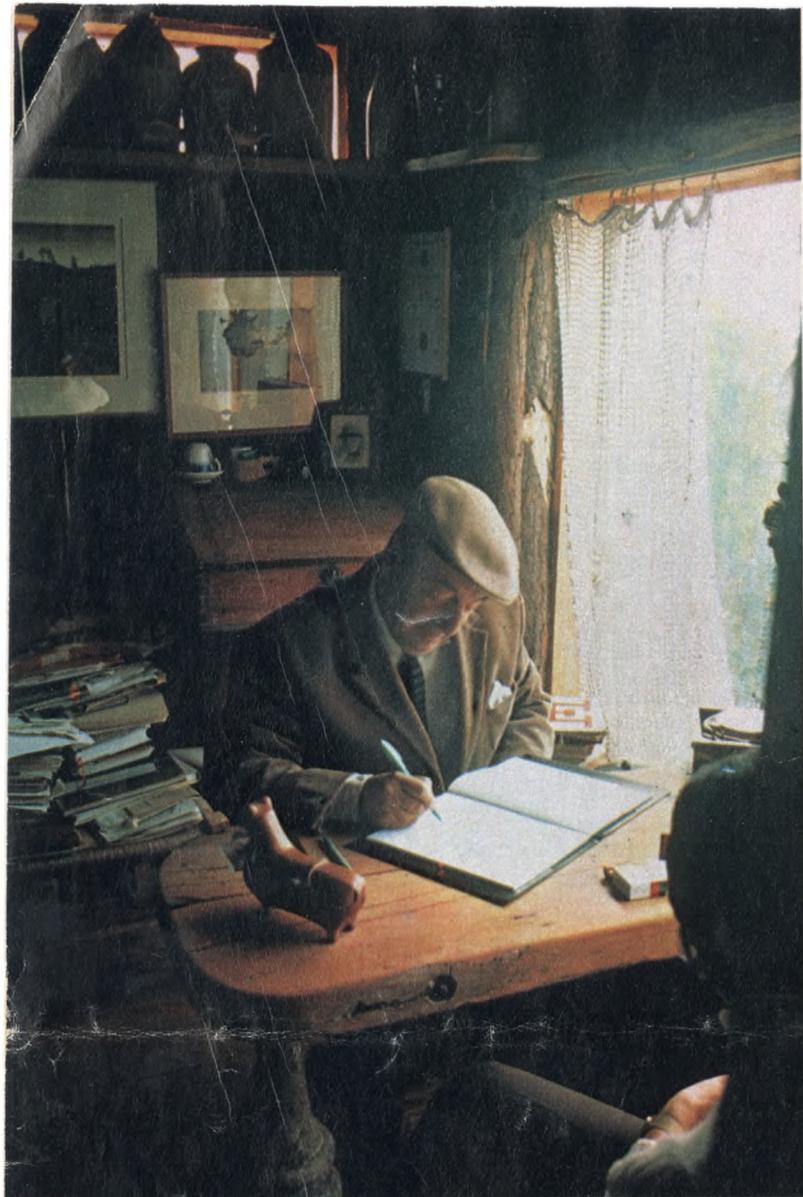
—Muy mal. Las leyes chilenas de aquella época eran tales que, si no había entrada de divisas en el consulado, yo no tenía derecho a nada. Se fijaba una cantidad a tanto alzado, que era de 166,66 dólares. Si la cantidad recibida era superior, debía enviar la diferencia al Estado, y si era menos, podía guardármelo todo.

—¿Cómo hacía para vivir?

—Había convencido al propietario del hotel de que yo no tenía la culpa si no tenía dinero. Cada vez que llegaba el

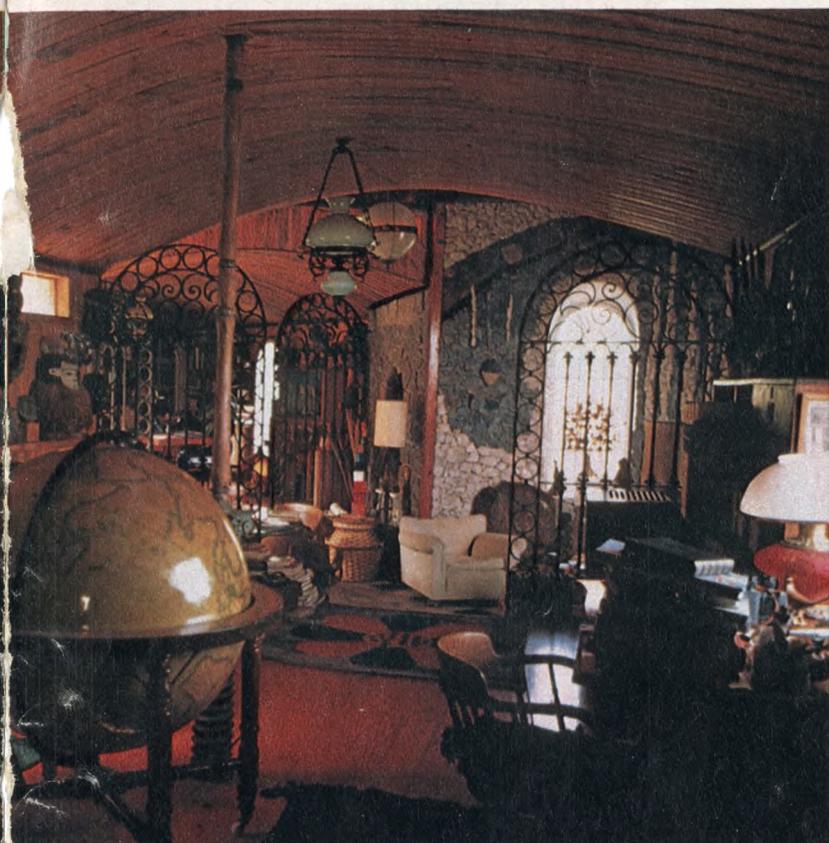


me dijeron que yo podía ser nombrado cónsul. Ni siquiera sabía lo que era eso. Pero me convencí de que podría serlo y fui al Ministerio de Asuntos Exteriores para que me dieran un puesto. Me miraron con lástima y me marché. Sin embargo, un día alguien me dijo: «¿Eres tú el que quiere ser cónsul? Es muy fácil. Sígueme». Dicho y hecho. En el despacho del Ministerio había un mapamundi y exactamente en el sitio donde me habían dicho había un hueco. Me sentía tan lleno de honores que ni pre-



América, no invoco tu nombre en vano.
Cuando sujeto al corazón la espada,
cuando aguanto en el alma la gotera,
cuando por las ventanas
un nuevo día tuyo me penetra,
soy y estoy en la luz que me determina,
duermo y despierto en tu esencial aurora:
dulce como las uvas, y terrible,
conductor del azúcar y el castigo,
empapado en esperma de tu especie,
amamantado en sangre de tu herencia.

(Canto general. — «América, no invoco tu
nombre en vano»)



Arriba, a la izquierda,
Neruda trabajando. Solía
comenzar a las nueve
de la mañana
e invariablemente usaba visera
y bolígrafo verde.

Junto a estas líneas,
un aspecto del interior
de su casa, llena de objetos
artísticos y colecciones
de las mil y una cosas a las que
el poeta era tan aficionado.

Abajo, paseando
en su residencia chilena
de Isla Negra, con su mujer,
Matilde Urrutia.



barco le pagaba, y podía seguir viviendo allí cuatro meses más.

—Entonces tenía tiempo para escribir ..

—Sí. Escribí «Residencia en la tierra», mi quinto o sexto libro.

«Puedes venir cuando quieras»

—¿Nunca se sintió atraído por las religiones orientales?

—Yo era agnóstico. Y ya detestaba esos movimientos falsamente religiosos, mezcla de exotismo y filosofía oculta, las teosofías, etcétera. Me parecía que era un medio de evadirse de la realidad. Efectivamente, cuando llegué a Oriente adquirí la convicción de que la India y los países budistas estaban terriblemente empeñados en sobrevivir. Esto era para ellos primordial. Un día, cayó sobre Rangún una enorme lluvia tropical y delante de un templo se congregaron millares de personas. Estaban arrodillados sobre el fango. Eran de la misma religión que los monjes que permanecían en el interior, pero no podían entrar. Fue para mí algo insoportable. ¡Qué feroz injusticia! Protesté interiormente, pero comprendí que protestaba como cristiano, que quizá fuera —después de todo— cristiano, porque en el cristianismo al menos hay igualdad. Después me pareció que el budismo no había alcanzado su ideal de reformar la sociedad. Buda fue, en su pensamiento, un gran reformador; pero no supo transmitir al mundo la fuerza de su pensamiento para cambiarlo. Y me di cuenta de una forma natural que me encontraba más cercano al Islam.

—¿Cómo fue eso?

—De una manera extraña. Un día entré en una mezquita totalmente blanca, toda de mármol. No había ni un mueble, ni un cuadro, ni una estatua. Afuera hacía un calor terrible y yo estaba muy cansado. Me quité los zapatos, como es costumbre. La mezquita estaba desierta. Pero poco después escuché voces y cuando salí encontré algunos musulmanes con aire enfadado. Me dijeron: «¿Qué haces tú aquí? ¿Eres musulmán?». No. «¿Eres cristiano?» Probablemente. «Y por qué te has acostado ahí?» He querido descansar un poco, estaba cansado. «¿Y qué querías hacer?» Quizá reflexionar, pensar... Entonces



Neruda y Federico García Lorca durante una reunión en Buenos Aires.

hablaron entre ellos y me dijeron: «Tienes razón. Este es un lugar para reflexionar. Puedes venir cuando quieras...»

«Esto me emocionó enormemente, esta comprensión sin dogma. Es lo que más me influyó durante todos los años que pasé en Oriente. Las grandes procesiones con los elefantes, la diosa Kali ataviada con velos y collares de cabezas de muerto, los gritos de las bestias degolladas, la sangre en la calle, las moscas y los monjes ávidos de algunas monedas... Nunca encontré esto demasiado agradable... Mientras que aquella mezquita clara, fresca como una gran piscina sin agua... Aquello me dejó marcado.

—¿Tenía ya opiniones políticas en Oriente?

—Sí, me mezclé en seguida con los estudiantes revolucionarios de la India. Sobre todo

les escuchaba; no se fiaban de los occidentales como yo. Entonces eran solamente anticolonialistas.

—¿Y usted?

—Bueno... Cuando era estudiante en la Universidad de Santiago dedicaba una buena parte de mi tiempo a traducir a los anarquistas franceses... La clase obrera chilena estaba influida por ellos. Era la época de Sacco y Vanzetti. Yo tenía 16 años y ya escribía editoriales políticos en revistas universitarias.

—Usted evolucionó rápidamente. ¿Cómo se hizo comunista?

—En Chile hemos tenido un verdadero titán de las organizaciones sindicales. Si usted me preguntara a quién pertenece la victoria de la Unidad Popular le diría que a este hombre: Luis Emilio Recabarren. El fundó, en julio de 1912, el partido obrero

NERUDA: Su vida en fechas

1904. El 12 de julio nace en Parral, al sur de Chile, Ricardo Neftalí Reyes, hijo del obrero ferroviario José del Carmen Reyes y de Rosa Basoalto.

1914. Niño tímido, incansable observador de lagartijas, a los diez años escribió su primer poema. Su padre se oponía a aquellas aficiones literarias «tan poco productivas», por lo que el adolescente Reyes pronto escogería un seudónimo —el apellido de un poeta checo a quien leía con gran placer—, y así nacería Pablo Neruda. En 1946 oficializaría este nombre ante los tribunales.

1921. Se traslada a Santiago de Chile, en cuya Universidad iba a estudiar Pedagogía. Son años de leer mucho y traspasar más todavía. Y también de los primeros libros de poemas: **La canción de la fiesta** (1921), **Crepusculario** (1923), **El hondo ro entusiasta** (1923-1924).

1924. Publica **20 poemas de amor y una canción desesperada**, libro que habría de alcanzar con el tiempo el millón de ejemplares. Cuando se conmemoró esta efemérides, muchos años más tarde, Pablo Neruda comentó: «Por un milagro que no comprendo, este libro atormentado ha mostrado el camino de la felicidad a muchos seres. ¿Qué otro destino espera el poeta para su obra?»

1926. Hacia esta época abandona definitivamente sus estudios de Pedagogía. Escribe mucho, traduce (a Rilke, a Marcel Schwob, a Anatole France), lee, participa en las luchas políticas de su época...

1927. Consigue el puesto de cónsul honorario de Chile en Rangún (Birmania). El cargo casi no era remunerado, pero Neruda veía colmado su deseo de recorrer caminos en un mundo exótico. «Años de soledad y de amargura sin que nadie venga aunque grites y llores», diría el poeta de esta época de su andadura. Después de Rangún, pasará a Colombo y Batavia, donde escribió **Residencia en la tierra** (1933), obra que le liga más o menos directamente a la corriente surrealista.

1930. Conoce en Batavia a la holandesa María Antonieta Agenaar, y después de un corto noviazgo contrae matrimonio con ella. En Birmania tuvo Neruda otro «romance»: la nativa Josie Bliss se enamoró perdida-

mente de él y no se resignó a que el poeta fuese un amor pasajero. Al ser Neruda trasladado a Ceilán, Josie le siguió, y finalmente intentó matarle a balazos. El «romance» acabó en la comisaría.

1932. Neruda regresa a Chile, donde permanece poco tiempo, pues fue trasladado como diplomático a Buenos Aires, Argentina. Allí conoció a Federico García Lorca, con quien había de mantener una estrecha amistad.

1934. Es designado cónsul de Chile en Barcelona, y al año siguiente, en Madrid. En esta ciudad iba a nacer la única hija del poeta, Malva Marina, que murió a los ocho años de edad. En Madrid escribió **Viaje al corazón de Quevedo** y dirigió la revista «Caballo Verde» hasta que se inició la guerra civil.

1936. Conoce a la pintora Delia del Carril, que habría de ser su segunda esposa, tras divorciarse de María Agenaar. El amor nació entre los horrores de nuestra guerra, en la que Pablo Neruda tomó partido por la causa de los republicanos españoles, publicando manifiestos de apoyo y promoviendo grupos de solidaridad republicana. Esto hizo imposible su continuación en el Cuerpo Consular.

1937. Es trasladado a París, donde funda con el poeta peruano César Vallejo el Grupo Hispanoamericano de Ayuda a España. En septiembre regresa a Chile; allí funda la Alianza de Intelectuales, de la que fue el primer presidente.

1938. En el espacio de pocos meses mueren en Temuco su padre y su madrastra, a quien Neruda llamaba «mama-dre» y por la que siempre mostró un verdadero cariño filial. Las elecciones generales de Chile dan el triunfo al Frente Popular de Aguirre Cerda. Pablo Neruda vuelve a París como diplomático.

1939. La gestión personal de Neruda posibilita el fletamiento del barco «Winnipeg», con el que más de 2.000 refugiados republicanos españoles son trasladados a Valparaíso (Chile).

1940. Es designado cónsul general en México, donde permanecerá hasta 1943. En esta época escribiría la **Tercera Residencia** (1942) y **Dura Elegía** (1942).

1945. Es elegido senador en

Chile, apoyado por el Partido Comunista, en el que ingresa en julio de este año. Recibe el Premio Nacional de Literatura.

1948. El presidente González Videla, antiguo aliado de los comunistas, les persigue ahora implacablemente. Neruda ha atacado al régimen imperante por lo que se declara su busca y captura. Se esconde y escribe afanosamente el **Canto General**.

1949. Disfrazado de arriero y con una barba postiza cruza la frontera con Argentina por la cordillera de los Andes. El poeta había de escribir: «Fui el fugitivo de la policía, y en la hora de cristal, en la espesura de las estrellas solitarias».

1950. Mientras su **Canto General** (1950) circula clandestinamente por Chile, este año recibe el Premio Internacional de la Paz por su poema **Que despierte el leñador**. Neruda viaja por tierras remotas: Rusia, China, India. Reside temporalmente en la isla de Capri, donde conoce a la chilena Matilde Urrutia a la que desposaría en 1955, una vez conseguido el divorcio de Delia del Carril.

1952. Revocada su orden de detención, regresa a Chile, donde es recibido triunfalmente por millares de personas.

1961. Es designado miembro correspondiente del Instituto de Lenguas de la Universidad de Yale. Continúa escribiendo sin interrupción: **Todo el amor** (1953), **Las uvas y el viento** (1954), **Odas elementales** (1957), **Estravagario** (1958), **Navegaciones y regresos** (1959).

1964. Publica el **Memorial de la Isla Negra**, donde explica sus tranquilas vivencias en su mansión de la costa chilena. Allí colecciona todo tipo de objetos, desde conchas marinas a porcelanas y cristales de todas partes del mundo.

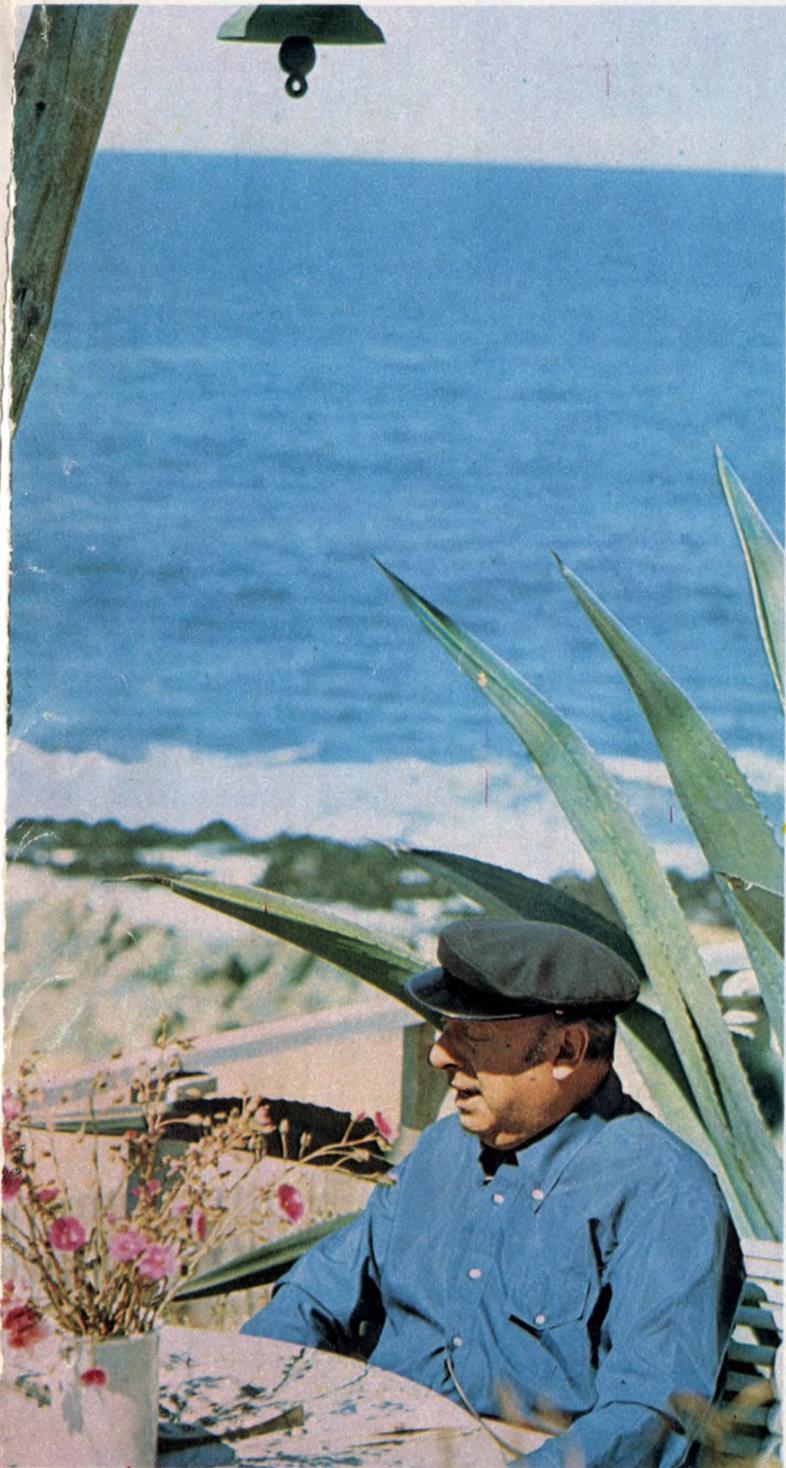
1970. El Gobierno de Unidad Popular le nombra embajador en París. En noviembre es galardonado con el Premio Nobel de Literatura. Poco después, aquejado por los primeros síntomas de una dolencia incurable, regresa a Chile.

1973. El 23 de septiembre, a pesar de la censura informativa impuesta por los militares golpistas a partir del día 11, una noticia sacudió al pueblo chileno: Neruda, «el poeta», había muerto en la Isla Negra. ■



A la izquierda, arriba, un aspecto del comedor de la residencia de Isla Negra que había sido comprada por Neruda treinta años atrás y que el poeta había convertido en museo vivo.

Abajo, con sus perros de nombre oriental, en el patio. Bajo estas líneas, el jovial Neruda junto a aquel mar que tantos versos le inspirara.



De endurecer la tierra
se encargaron las pie-
pronto [dras:
tuvieron alas:
las piedras
que volaron:
las que sobrevivieron
subieron
el relámpago,
dieron un grito en la no-
[che,
un signo de agua,
una espada violeta,
un meteoro.

El cielo
suculento
no sólo tuvo nubes,
no sólo espacio con olor
[a oxígeno,
sino una piedra terrestre
aquí y allá, brillando,
convertida en paloma,
convertida en campana,
en magnitud, en viento
penetrante:
en fosfórica flecha, en sal
[del cielo.

(«Las piedras del cielo»)

socialista, que se convirtió, siete años después, en el partido comunista. Creó unos cuarenta sindicatos y luego la primera central obrera. Y fundó la prensa obrera, quince o veinte periódicos. Enseñó a las organizaciones sindicales a dar de lado al dinero. Para decirlo pronto: Recabarren es el pionero del sindicalismo chileno. Su intervención fue decisiva y su influencia en los hombres de mi generación fue enorme. Mientras que en casi toda América Latina se instalaban las dictaduras, este hombre supo imponer en Chile —con la puesta en marcha de sindicatos modernos— hacia unas vías diferentes. Naturalmente, nosotros, los intelectuales y los escritores, seguimos esta evolución. Todo se hizo de una manera natural.

«Prefiero el amor»

—¿Cuándo se afilió al partido comunista?

—Comencé a ser comunista en España, en tiempos de la guerra civil. Había sido nombrado cónsul de Chile. En España pasé la parte más importante de mi vida política; igual que otros escritores del mundo entero, por otra parte.

—Después de España fue nombrado cónsul en Méjico. Allí comenzaron sus sinsabores políticos... Con el asesinato de Trotski, ¿no?

—En Europa se ha intentado, por razones políticas y literarias, asociarme con la muerte de Trotski. Pero yo no vi jamás a este hombre, ni de cerca ni de lejos, ni vivo ni muerto. Sin embargo, le puedo contar un hecho que me parece pintoresco. Acababa de llegar a Méjico para ocupar el puesto de cónsul general, cuando recibí la visita del embajador de Méjico en Chile, Octavio Reyes Espindola. Creo que sigue con vida y que es ahora senador. Me hizo saber que el general Manuel Avila Camacho, presidente de la República Mexicana, le había encargado una misión confidencial. En una palabra, me pidió, a título personal, que en el plazo más breve posible concediera un visado al pintor David Alfaro Siqueiros, autorizándole a entrar en Chile. Debo decirle que quedé sorprendido ante esta petición, puesto que yo creía que Siqueiros estaba en la cárcel: efectivamente se le acusaba de haber acribillado con balas de metralleta la casa de León Trots-



Albertina Azócar, inspiradora en buena parte de sus «Veinte Poemas de Amor».

Bajo estas líneas, un grupo de poetas en el Madrid de 1935: de izquierda a derecha, Bergamín, Alberti, Neruda, Cernuda y Altolaguirre. En la página contigua, la travesía de los Andes a caballo, huyendo de la policía política, en 1949.



ki. Entonces le dije al embajador Reyes Espindola: "¿Cómo quiere que le conceda un visado si está en la cárcel?". Respuesta del embajador: "No haga caso de eso; le vamos a liberar".

»Propuse entonces ir a hacerle una visita, cosa que cumplimos al día siguiente. Llegamos al despacho del capitán Pérez Rulfo, director de la prisión, que nos recibió con mucha amabilidad. Hizo llamar a Siqueiros —a quien jamás había visto hasta entonces— y los tres juntos bebimos unas copas en los cafés de la ciudad. Sin tener derecho alguno para exigir ningún tipo de cosas —puesto que se trataba de un requerimiento del presidente de Méjico— yo exigía, sin embargo, a Siqueiros, a cambio de concederle el visado, que regalase una obra cualquiera a Chile. Con gastos por cuenta del Gobierno mexicano. Y así fue como Siqueiros, du-

rante más de un año, pintó en Chile su mejor fresco mural; está en Chillan. Y ésta es la última palabra de esta malévola historia, de la que nunca hasta ahora he querido hablar.

—¿Por qué se marchó súbitamente de Méjico?

—Estaba cansado de la vida consular, de vivir eternamente en el extranjero. Entonces, un día, me fui.

—Después usted ha demostrado una gran adhesión a la línea comunista soviética. ¿Qué representa esto para usted?

—Si usted comprendiera la Revolución francesa, su papel en el mundo, si usted supiera cuántas ideas de la Francia republicana han marcado su impronta en nuestro continente, en nuestra lucha por nuestra independencia y contra el Imperio español, entonces usted comprendería por qué todo ataque contra la Francia republicana

era un ataque contra la conciencia del Nuevo Mundo que se estaba formando. Es la misma idea que sostiene mis relaciones con la Unión Soviética. No es la línea, lo que me guía es un proceso de pensamiento, la huella de una conciencia revolucionaria en una época. La Unión Soviética es el primer país que ha hecho la revolución socialista. Puede haber muchas cosas que no están acabadas. Pero igual que Francia, que cometió errores enormes. La Unión Soviética también ha puesto las bases de una gran época política. Y yo sigo fiel al país que ha hecho la mayor revolución de la Historia. Sigo fiel a su existencia porque no puedo permitirme el lujo de tener diver-

—Cuando usted conoció el informe Krustchef sobre los errores de Stalin, ¿se quedó indiferente?

—Me produjo un gran «shock». Sobre todo el saber que todo esto existía sin que yo supiera nada de aquello, a pesar de que había estado varias veces en la URSS. Pero, pese a todo, la Unión Soviética se ha atrevido a enseñar al mundo una verdad que otros habrían escondido.

—Como usted quiera. Otro escritor, que no es en absoluto comparable a usted, Koestler, se ha separado del partido comunista al pensar que en la URSS ocurrían cosas atroces. Retrospectivamente, ¿usted piensa que

La política es una obsesión de los demás. No la mía.

—Pero usted siempre ha estado mezclado...

—Se me mezcla a la política.

Con una gran tranquilidad

—Dicho de otra forma, ¿la política es sólo un aspecto secundario en su poesía?

—Sí, lo pienso realmente. No es lo esencial de mi poesía. ¿Qué es lo esencial? Es escribir lo que verdaderamente se siente, en cada instante de la existencia. No creo en un sistema poético, en una organización poética. Iría más lejos: no creo en las escuelas, ni en el simbolismo, ni en el realismo, ni en el surrealismo. Estoy absolutamente separado de las etiquetas que se ponen sobre los productos. Me gustan los productos, no las etiquetas. Y tenemos tantas etiquetas en nuestra pequeña historia...

—Volvamos a su país. ¿Cómo es que Chile tiene, en relación con el resto de la América Latina, mucha más tradición democrática?

—Hemos tenido una clase oligárquica que se ha mantenido en el poder durante ciento cincuenta años. Era una clase muy ilustrada. Leía a los filósofos y por eso estuvo influenciada por todas las tendencias del siglo XIX. Más cultivada que en otros lugares, esta clase eligió la ley para gobernar. Una ley que no admitía contradicciones y que estaba hecha, naturalmente, a su medida. De entrada, la clase obrera, reunida en grandes organizaciones, disciplinada, supo aprovechar la legalidad para desarrollarse y arrastrar tras de ella anchas capas de la población. Esto es, la historia de un país ligado a las leyes y apacible.

—Eso no es muy español.

—No lo crea. España ha dejado una herencia legalista en América Latina. Los españoles eran grandes notarios; fue el feudalismo lo que lo estropeó todo. Cuando los conquistadores llegaron a nuestra América, la monarquía española era más progresista que las demás monarquías europeas. Era una monarquía humanista, pero la gente que desembarcaba en el continente llevaba las antiguas semillas del feudalismo. Nosotros, los chilenos, quizá hayamos tenido la suerte de heredar este lado legalista de España.



gencias. Para mí, lo esencial es la existencia de la URSS.

—Una cosa es decir que no se desea que la URSS sea criticada por lo que representa, en efecto, para los que creen en una cierta forma ideal, y otra cosa es aprobar tal o cual error cometido. ¿Es que, retrospectivamente, usted no se lamenta de haber garantizado con su talento tal o cual decisión de la historia soviética?

—Eso sería absurdo. Si pienso que llovía tal día de febrero del año 1823 y si usted piensa lo contrario, ¿qué debo decirle? Todo lo que yo puedo responderle es que yo creo que aquel día llovía, por otra parte yo no soy un filósofo político que pueda reflexionar de esta manera. Le he dicho simplemente lo que la Unión Soviética representa para mí. Que es discutible: es natural, igual si se refiere a Francia que a la URSS que a Inglaterra.

sus lazos con una idea, incluso eventualmente falsa, han sido más fructíferos que la lucidez de Koestler sobre tal o cual atrocidad?

—He leído la entrevista que le concedió Koestler. Le he encontrado un poco cansado de tener que contestar siempre a las mismas preguntas. El se lo dijo: ha pasado toda su vida haciendo literatura con eso, sólo con eso. Me pareció observar en él un gran cansancio. Yo no lo siento porque no he escrito solamente de política. He escrito quizá siete mil páginas de poemas. Por lo tanto tengo muchas razones para no estar sujeto por este tipo de cuestiones. Mi poesía tiene otras fuentes. Efectivamente, yo debí trabajar mi poesía en una pequeña aldea, cerca de un gran bosque; Koestler es un hombre de ciudad, de gran metrópoli, un hombre de pensamiento y de conflictos. Yo prefiero el amor.

PARA QUE TU ME OIGAS...

Para que tú me oigas
mis palabras
se adelgazan a veces
como las huellas de las gaviotas
[en las playas.
Collar, cascabel ebrio
para tus manos suaves como las
[uvas.

Y las miro lejanas mis palabras.
Más que mías son tuyas.
Van trepando en mi viejo dolor
[como las yedras.

Ellas trepan así por las paredes
[húmedas.
Eres tú la culpable de este juego
[sangriento.

Ellas están huyendo de mi
[guardida oscura.
Todo lo llenas tú, todo lo llenas.
Antes que tú poblaron la soledad
[que ocupas,
y están acostumbradas más que
[tú a mi tristeza.

Ahora quiero que digan lo que
[quiero decirte
para que tú me oigas como
[quiero que me oigas.

El viento de la angustia aún las
[suele arrastrar.
Huracanes de sueños aún a
[veces las tumban.

Escuchas otras voces en mi voz
[dolorida.
Llanto de viejas bocas, sangre
[de viejas súplicas.
Amame, compañera. No me
[abandones. Sígueme.
Sígueme, compañera, en esa ola
[de angustia.

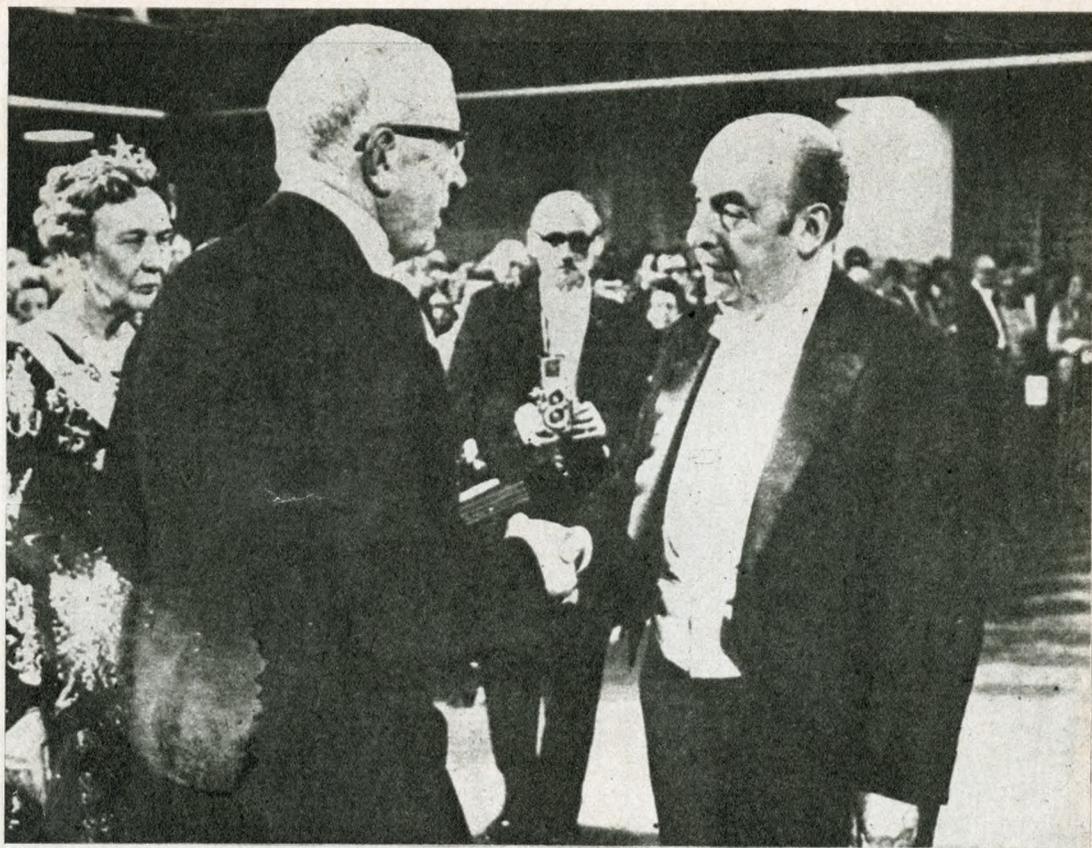
Pero se van tiñendo con tu amor
[mis palabras.
Todo lo ocupas tú, todo lo ocupas.

Voy haciendo de todas un collar
[infinito
para tus blancas manos, suaves
[como las uvas.

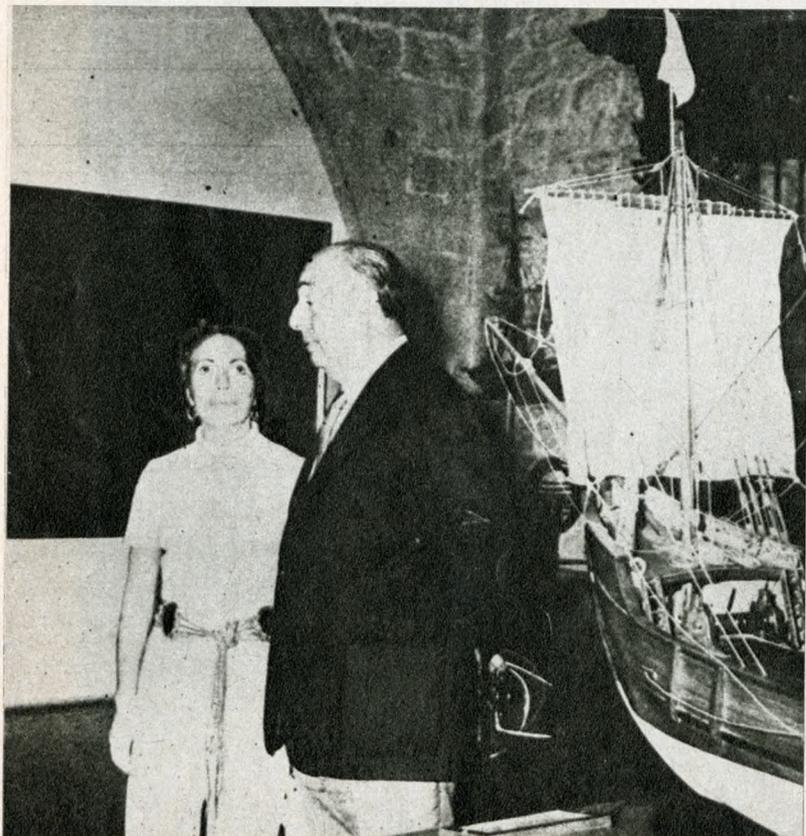
Bajo estas líneas, otro aspecto del salón de la casa de Isla Negra, de la que se incautaron los militares golpistas tras la muerte del poeta. A la derecha, junto a una vieja locomotora transformada en objeto de arte.







Arriba, Pablo Neruda recibe el Premio Nobel de Literatura de manos del hoy también desaparecido rey Gustavo Adolfo de Suecia. Junto a estas líneas, el poeta y su esposa, Matilde Urrutia, durante una de sus visitas a Barcelona.



Allende y Neruda durante un discurso político en Santiago.

El programa de Unidad Popular reforzó la amistad entre estos dos hombres, tan notables y destacados en la historia más reciente de Chile.

—El Gobierno del presidente Salvador Allende que usted representa en París pretende continuar en la legalidad. ¿No es esto una argolla para la revolución de ustedes?

—¿Por qué? Antes se hacían leyes que podían satisfacer al pueblo, pero no se aplicaban. La reforma agraria fue concebida por el presidente demócrata-cristiano Eduardo Frei. Sin embargo, la persona que debía llevarla a la práctica, Jacques Chonchol, nuestro actual ministro de Agricultura, se puso tan en la oposición a Frei que quiso hacer realmente algo. Chonchol fue obligado a dimitir. En realidad se hacían leyes para no aplicarlas. Nosotros las aplicamos o dictamos nuevas leyes que son obligatoriamente sometidas a la aprobación del Con-

greso. Podemos avanzar mucho por este camino.

—El éxito de la experiencia de ustedes, es decir, la instauración de una sociedad marxista en un cuadro de libertad, depende extensamente de la prosperidad económica. Pero si la economía marcha mal, ustedes peligran con perder las próximas elecciones presidenciales. Y si suprimen las elecciones, ponen fin a las libertades democráticas. Como quieren el marxismo en la libertad, ponen en peligro las elecciones. ¿Qué piensa de todo esto?

—Creo que hace usted un análisis muy claro. Evidentemente, para nosotros es una gran prueba. En todo el mundo la gente quiere tener avances económicos inmediatos, y el pueblo chileno no es distinto de los demás. Esto quiere decir

que tendremos inevitablemente dificultades. Bueno: será preciso afrontarlas y superarlas. Los almacenes ya venden tres o cuatro veces más que antes. La inflación, por otro lado, se ha detenido. Queremos, evidentemente, producir más. Este es nuestro gran problema porque, para satisfacer el crecimiento actual del poder adquisitivo debemos aumentar la producción.

»Tendremos dificultades, y usted sabe igual que yo por dónde vendrán. ¿Qué vendemos nosotros hoy? ¿Cuál es nuestro principal producto? El cobre. No tenemos miedo de no venderlo; el mundo está hambriento de cobre. Y luego, al nacionalizar las minas, recuperamos centenares de miles de francos al día, aproximadamente la mitad de lo que ganaban las empresas norteamericanas en un país en el que faltaban escuelas, hospitales y carreteras. Por otro lado, vamos a desarrollar nuestro comercio con todos los países del mundo. Antes nos lo impedían. No podíamos tener relaciones diplomáticas con China. Pero ustedes, los franceses, sí las tenían, y los ingleses también. Nos estaba igualmente prohibido tener relaciones diplomáticas con Cuba y con la Alemania Democrática. Todo esto cambia. Sabe, nosotros hacemos las cosas a la chilena, con una gran tranquilidad.

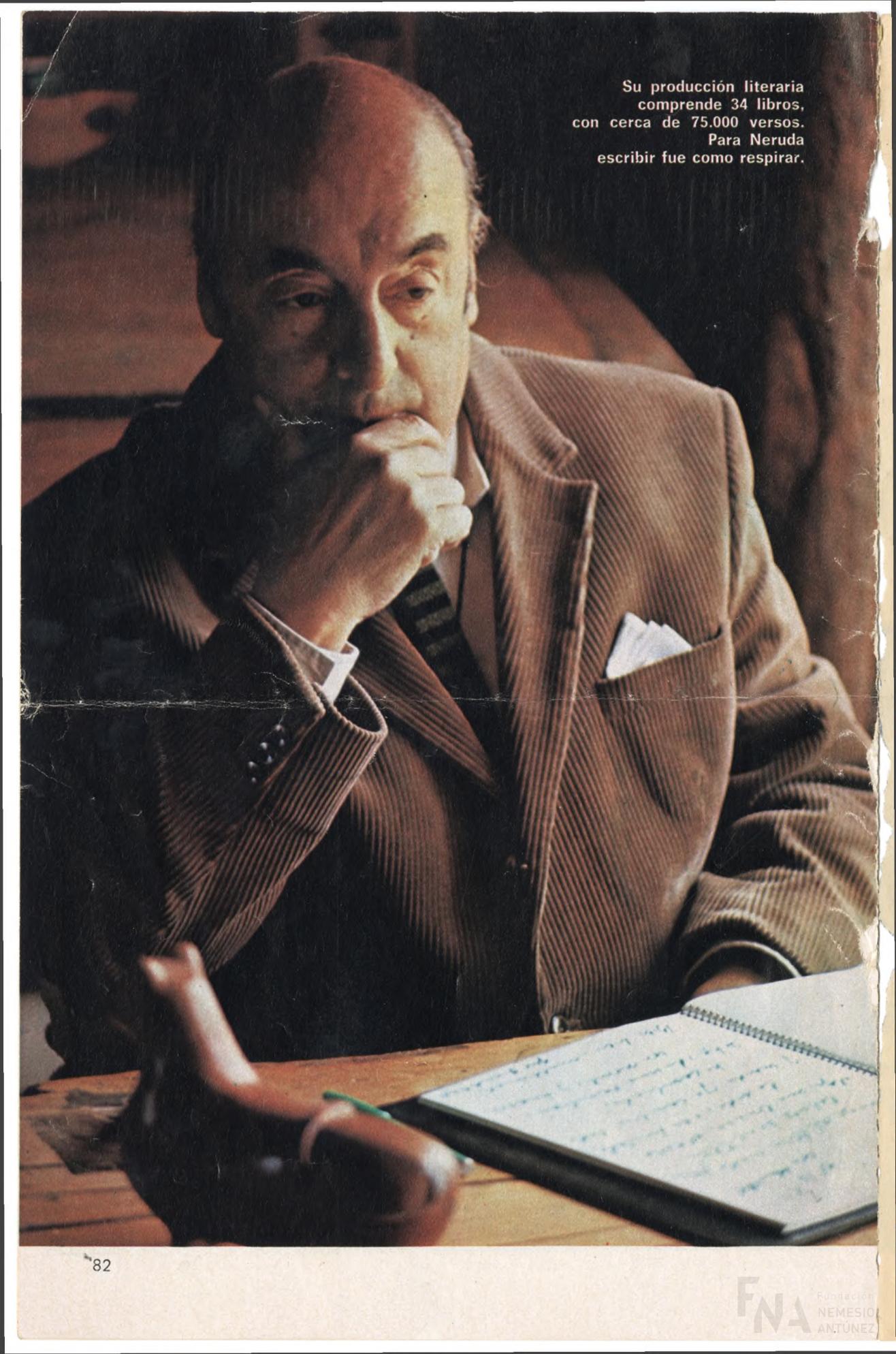
—¿Qué piensa sobre la experiencia cubana?

—Para mí, la revolución cubana es algo muy importante. Me atrevería a decir que es algo sagrado. Es la primera revolución socialista de nuestra América. Entonces, mi deseo es que sean eliminados todos los obstáculos que ha encontrado Fidel Castro y que la República cubana sea más respetada cada día.

—Pero usted, personalmente, no está en muy buenas relaciones con los cubanos... Le reprochan el haber acudido a Estados Unidos invitado por el Pen Club...

—¿Quiere usted decir con los escritores cubanos? Es algo sin importancia. Por otra parte los escritores cubanos se han especializado en encontrar enemigos en los otros escritores; y si me eligen como blanco, es a ellos a quien hay que preguntar el por qué. No a mí. Porque yo soy fiel a la Revolución cubana. No olvide mi primer libro sobre la Revolución cubana que se llama «Canción de gesta».



A photograph of a man with a receding hairline, wearing a brown corduroy suit jacket over a striped tie and a white shirt. He is sitting at a wooden desk, resting his chin on his right hand in a thoughtful pose. On the desk in front of him is an open spiral-bound notebook with blue ink handwriting. A dark pipe lies on the desk to the left of the notebook. The background is dark and out of focus.

Su producción literaria
comprende 34 libros,
con cerca de 75.000 versos.
Para Neruda
escribir fue como respirar.

“En España pasé la parte más importante de mi vida política, igual que muchos escritores...”

Ha habido veinticinco ediciones de esta obra. Deseo a los escritores cubanos que tengan el mismo éxito.

—¿Cuál es su opinión sobre el caso Padilla, de su autocrítica pública? (1).

—Encuentro sus poemas bastante interesantes, pero no sublimes.

—El hecho de que Padilla haya sido encarcelado y haya firmado una especie de confesiones ha tenido una gran repercusión en Europa, en aquellos que miraban a Cuba con simpatía.

—Le entiendo. Es un triste acontecimiento. Pero, a fin de cuentas, pienso que en la historia de una revolución suceden muchas cosas que parecen enormes al principio y que, después, son minúsculas. Espero que Padilla viva en paz con la revolución cubana y que los escritores cubanos vivan en paz con los demás escritores.

Mantendremos la legalidad y la libertad

—Pero, en fin, estas deformaciones de la libertad que se producen en Cuba, ¿es aproximadamente lo que la Revolución chilena quiere evitar?

—No le comprendo. En lo que nos concierne a nosotros, los chilenos, mantendremos la legalidad y la libertad. La revolución cubana es el producto de una gran revuelta armada, mientras que nuestra experiencia es un movimiento político, un movimiento de pensamiento, que se produce en la pluralidad.

—Si hubiera la alternativa entre unas elecciones que se pueden perder y una mecánica a la cubana —es decir, la supresión relativa de las libertades—, ¿cuál escogería usted?

—Yo suprimiría en su pregunta «mecánica a la cubana». Y le diría: si perdemos las elecciones, las perderemos. La oposición ya ha ganado en la elección de un diputado en Valparaíso. Hoy forma parte del Parlamento.

—Y ustedes, ¿devolverán el poder?

—No se puede hablar en Chile de devolver o no devolver el poder. Quien gana, ha ganado. Nosotros ganamos, antes de la guerra, la primera elección del Frente popular por 4.000 votos de diferencia. Un cuatro y tres ceros. Era fácil de borrar. Pues bien, se respetó el veredicto popular. El respeto, sabe usted, es una cualidad chilena.

—¿Es usted optimista?

—No soy extremadamente optimista, de un optimismo de

embajador. Tenemos muchas dificultades, y tendremos aún más; pero creo en la justicia que estamos haciendo. Está tan claro para todo el mundo que restituyamos al pueblo chileno lo que se le debía desde hace siglos... Lo que nos haría naufragar sería una gran quiebra económica, y eso lo sabemos. Sabemos también que está preparada por la reacción y por los enemigos del exterior a los que se llama con una palabra muy utilizada: el imperialismo. Sabemos que todo esto puede llegar. Pero sabemos cuál es nuestro deber.

»Y sabemos también que si no nos alejamos de la legalidad, que es una característica de nuestro país, haremos un precioso regalo al enemigo. No somos tan idiotas. El presidente Allende ha declarado recientemente ante Raúl Roa, ministro cubano de Asuntos Exteriores, que su Gobierno no se separará de la vía democrática y constitucional para llevar a Chile hacia el socialismo. Ha condenado la ocupación de tierras y ha dicho también que la experiencia chilena no es comparable a la de Cuba ni a la de otros países europeos. La nuestra es una experiencia, en cierta medida, más difícil.

Poesía, felicidad

—¿Cree que su poesía aporta algo al mundo? ¿Que hace más felices a los hombres?

—Un día, ya hace mucho tiempo, una pareja de franceses vino a verme para decirme que se habían casado a causa de mi libro «Veinte poemas de amor». Habían empezado a estudiar español juntos. Aquello me emocionó mucho. Espero que ellos lean esto... si no se han divorciado.

(1) Heberto Padilla, poeta cubano autor de «El justo tiempo humano» y otras obras, fue encarcelado por el Gobierno, acusado, entre otras cosas, de haber trabajado para la CIA. El escritor reconoció en pública autocrítica estas acusaciones (verano de 1971), lo cual provocó protestas por parte de un sector de intelectuales latinoamericanos y europeos que, siendo en general simpatizantes con la causa socialista cubana, veían en la autocrítica de Padilla una vuelta a los métodos «estalinistas». A pesar de que Padilla reconoció que nadie le había obligado a retractarse públicamente, el «affaire» provocó bastante polvareda, sobre todo después de la carta que Mario Vargas Llosa escribió a la directora de La Casa de Las Américas, que mereció una tajante respuesta de ésta puntualizando acerca del significado del proceso cubano y de la tarea de los intelectuales.